

Domeremy ha sido escogida por el cielo para ser el ángel de los combates que debe salvar con la fé la libertad de la Francia. Su pecho destinado á sentir solo los latidos del amor y á conmoverse con los tranquilos goces del hogar, se cubre con la armadura del guerrero, y el débil brazo de la doncella de Orleans, que sin una mision espresa del cielo apenas hubiera podido sostener una espada, señala con la punta de ella á los aterradores vasallos de Cárlos VII el sendero del valor y de la gloria. ¡Cuántas contrariedades, decepciones, ultrajes y peligros encontró esa pobre niña en su camino sin doblegarse ante ellos y sin exhalar ni una queja! Tenia á un tiempo mismo su corazón la dulzura de la paloma y la fiereza del león. Pero era siempre criatura humana de la misma frágil arcilla que todos, y se irritó con desesperacion ante la columna y tembló sobrecogida de espanto en presencia de la hoguera. El ruido de las armas ahogó en ella la voz de la sabiduría, y la guerrera ilustre nunca supo ni leer siquiera.

Santa Teresa de Jesus. ¡Qué corazón y qué cabeza! De los no inspirados directamente por Dios como los profetas y los apóstoles, se cree que el de Santa Teresa es el géneo más grande

que ha conocido el mundo despues del de San Agustín. Fenelon leia constantemente las obras de esta Santa y solia decir: "olvideme yo antes de mí mismo que olvidarme pueda de Teresa de Jesus." ¡Qué homenaje de un géneo á otro mayor! Y todavía poco era lo que Santa Teresa pensaba en comparacion de lo que amaba. El himno de su corazón fuese elevando en notas tan altas, que ya casi los ángeles las hubieran comprendido como si fuesen palabras de su propia lengua, si Santa Teresa las hubiera emitido en el cielo. Algunos suspiros del amor que devoraba á la monja de Avila no hubieran producido disonancia en un coro angélico. En sus últimos dias, Santa Teresa no debe haber balbutido con sus labios, ya húmedos de aspirar ambiente de cielo, otras palabras que las del cantar de los cantares "Circuidme de flores, porque languidezco de amor".

Y Santa Teresa, sin embargo, no era en toda su grandeza mas que una mujer fundida en el molde mismo que todos los humanos. Resistió al principio á la voz del cielo, malas lecturas le emponzoñaron el alma y ella misma dice, que estaba henchida de faltas y de imperfecciones!

El poder es la mas trascendental de las gran-

dezas de la tierra. Los que mandan á los pueblos son como los dioses limitados de la tierra, que visiblemente representan al verdadero y único Soberano de todas las cosas. Pro eso es un crimen tan grande usurpar la soberanía de un pueblo: es querer suplantar fraudulentamente á Dios. Así como no hay detestacion proporcionada para el crimen de los que usurpan la soberanía para el mal, tampoco hay elogio bastante para los que legitimamente apacientan á los pueblos en nombre de Dios y para Dios.

Isabel la católica fué en verdad una reina grandel Obradora insigne de paz consigo misma y con los otros, dió la paz á sus vasallos, la santa paz hija del cielo que es el buen rocío del Señor sobre los individuos y las familias, que hace felices á los pueblos y multiplica sin término las generaciones venturosas. Isabel entró á pié y con la cabeza inclinada á la gentil y codiciada Granada, para que solo la cruz entrase triunfante. Sus conferencias en el camarín de su tienda allá en Córdoba con Colon, ¡qué conferencias aquellas de génio á génio! Y esa misma Isabel de Granada, de Colon y de Gonzalo, urdia, humilde esposa, tela para su marido y rezaba con todas sus bellas damas sus

fervorosas oraciones, bien puesta de rodillas y con grande recogimiento y devocion. “Hijo mio, Diego, escribia Colon desde Segovia cuando murió Isabel, hemos perdido á nuestra madre.” Una sola cláusula del testamento de esta reina valia más que todos los tesoros, los centros y los mundos que en él dejaba. “Cuando muera, decia, que no sea vestido mi cuerpo sino envuelto en los cobertores mismo de su último lecho sin descubrirlo.” ¡Ese cuerpo tan casto merecia bien el alma tan grande que le tocó!

Isabel estaba fundida en reina, pero era del mismo barro que nosotros. Cuando Isabel marcha en medio de su gloria seguida de Colon y de Gonzalo como de su cauda de génios, se presenta de repente llorosa y detiene el paso de su real cortejo la Beltraneja, infeliz grande en sus desventuras sus lágrimas, y su justicia.

Juana, Teresa é Isabel, ¿qué sois vosotras en presencia de María? ¿Cuál de las tres os sentis limpia de toda imperfeccion, de toda debilidad y de toda mancha? El prestigio de su heroismo, de su poder ó de su génio, con ellas murió. Juana de Arco fué enterrada con su espada, con su toca mongil Teresa, y con su co-

rona Isabel. ¿Quién ha reinado más allá de su tumba? ¿Por qué solo el reinado de María es inmortal, se va engrandeciendo con los siglos, y el tiempo que todo lo mata á él cada dia lo vivifica? En presencia de María todas las grandezas de la tierra son un puñado de polvo, tan pequeño que el aire que hace con sus alas un insecto al zumbiar es un huracan que lo disipa. Las más grandes figuras históricas al lado de María, ¿qué son? Escuchemos su propio testimonio. La doncella de Orleans consagra su espada sobre los altares de María, la estática de Avila ante su imagen se arrodilla para elevarse en gracia al cielo, y á los piés de María pone su corona la ínclita reina de Castilla.

Si en el mundo de la realidad algo ha existido grande, su mayor grandeza ha sido la luz que reflejara de María. Nada hay en el mundo ideal ni el mundo de la realidad, que sea ni siquiera comparable á Ella. Un paso mas y caemos de rodillas en presencia de María.

María no es una mentira, porque no cabe mentira tan sublime dentro de la órbita de la impostura humana. María es una realidad, y tan por encima de todas las realidades de la tierra, que en presencia de su vida sin ejemplo

y sin imagen, nuestra razon tiene que colocarse en esta disyuntva ineludible: María es la madre de Dios, ó sin serlo tuvo todos los dones, las gracias y las santidades que la madre de un Dios hubiera tenido. La excepcional grandeza se comprende siendo María la madre de Jesucristo. Pero repugna á la sabiduría infinita, el que Dios haya creado un ser tan excelso en todo género de excelsitudes como María, para que no fuera su madre, la madre de un Dios hecho hombre por amor á los hombres.

María de Nazareth es sin duda la madre de Jesucristo Dios y hombre verdadero. ¡Ojala y la verdad conocida no sirva solo para que seamos mas rigurosamente juzgados! Tiembla hasta la raiz el alma de pensar lo muy amable que es María y lo muy poco que la amamos. Si la bondad de la madre nuestra, no excediera en mucho, inmensamente á la maldad nuestra, estabamos todos irremisiblemente perdidos. Tal parece que nos hemos propuesto los humanos amarle todo, ménos á Ella.

Se confunde el espíritu verdaderamente solo de considerarlo! La gloria humana qué es? Un relámpago de luz fátuo que no ha brillado aún cuando ya se estinguió. No hay cronóme-

ro capáz de marcar los rápidos instantes que vive la hermosura. Aun no se encuentra un oro tan precioso que alivie el mas pequeño dolor del alma ó del cuerpo. ¿Qué sabio pensó despues de muerto, que rey dictó leyes y cual conquistador fue temido cuando sobre sus cuerpos cayó la losa de sus tumbas? Nuestra vida es tan corta que el reloj del tiempo para medirla se sirve de un instantero de segundos. El mundo todo en verdad ¿qué vale? ¡Nada! Y sin embargo lo amamos con toda el alma y no hay cosa vana sobre la que no derramemos nuestro amor á torrentes.

Despues de Dios nada hay en si mismo tan amable como María. Sabia, es, Santa, compasiva, dulce, amante y poderosa. Llena está de gracias, de tesoros y virtudes, es la amabilidad misma y no la amamos sin embargo. Para con ella somos duros é ingratos con una alevosia tan negra y tan perfida que el hombre mas bondadoso de la tierra no nos hubiera perdonado una vez lo que María nos ha perdonado setecientas. En cuanto á mí siento que si yo fuera dos hombres y me hubiera hecho á mí mismo lo que he hecho de injurias á mi amorosa Madre, ya yo en un arrebató de justa indigna-

eion, despues de escupirme la cara me hubiera estrangulado por ingrato y por infame.

La amabilidad de María, por una parte, y nuestro desamor por la otra, seria un contraste capáz de volverme loco si, una frase de San Pablo no lo explicara todo. Siento en mí dos hombres, decia el Apóstol. Si San Pablo se sentia dos hombres, nosotros debemos sentirnos la mitad hombres y la mitad demonios.

¿Qué haremos, pues, para amar mucho á María? Tal vez se acercan ya los tiempos en que de un golpe y en una sola moneda le paguemos todo el amor que la debemos. Las lágrimas del sufrimiento contienen una cantidad inmensa de amor, y son esencia de caridad condensada en brillantes. En llanto vamos á pagarle nuestra deuda!

Y de sufrir oportunidad tendremos. Quién sabe qué flota en la atmósfera, semejante á la cauda del ángel de la ira del Señor. Parece que todo lo bueno se aleja para dejar solo una masa maldita donde el fuego de la cólera divina pueda cebarse sin piedad. Pero no! Dios es compasivo y bueno. Hay misericordia aún en las entrañas de su justicia. Los cristianos debemos ser los árabes del Providenciaismo. Un solo versículo de nuestros libros bastaria

para consolar de las más grandes desventuras á la humanidad entera, el de aquel cabello y la hoja aquella que no cae el uno ni se mueve la otra sin la voluntad de nuestro Padre que está en el cielo.

La carne es flaca y tiembla al recuerdo de aquella arena del Circo empapada en sangre cristiana, del cadalso de Lord Strafort se estremece y la presencia del patíbulo de María Stuardo se inunda de furor. Y en el punto en que hemos llegado es imposible todo engaño: el tórculo está levantado y á la primer vuelta de su manubrio nos triturará los huesos. De nuestros hermanos en fé quien sabe cuántos se morirán de hambre, cuantos irán á dejar sus huesos en tierras extrañas y remotas, y cuantos tal vez más afortunados dejarán la cabeza en el patíbulo.

El horizonte está negro y amenaza desatarse una tempestad de sangre. Las persecuciones han producido en otros siglos, apóstatas, combatientes y mártires. Hagamos un pacto, digna ofrenda á la Madre amorosa de un Dios todo amor! El primero de nosotros, que por la gracia del Señor, suba al cielo, le pedirá á María de hinojos ante su trono, que la persecucion en México no produzca un solo apóstata, no ha-

ga brotar un solo combatiente sino que sea fucunda únicamente en mártires!

¡Virgen María, oyélo bien! Desde hoy te dejamos solemnemente emplazada para cuando la ola se encrespe enfurecida y nos arrastre mugiendo entre sus tumbos de sangre!